

el deseo de llegar al poder, sino en tanto que miembros de la nueva mayoría americana». Es este párrafo, unido al otro, el que da el tono de la ofensiva de Nixon: acusar a los megovernitas de salirse del sistema americano, de dejar los grandes principios americanos y, finalmente, todo llegará, de ser antiamericanos.

Probablemente en esta discusión filosófico-práctica de qué es lo americano y qué es lo antiamericano, cuáles son los grandes principios, quiénes los han corrompido y quiénes los pueden corromper mañana, es en lo que se centrará la polémica electoral en los próximos dos meses.

Es un terreno que le es grato a McGovern, puesto que él mismo ha centrado toda su campaña en ello, pero no hay ninguna razón para suponer que le pueda ser favorable. Más útiles pueden serle las críticas al poder, la posibilidad de desmontar los términos de la propaganda de Nixon y hacer un balance más realista de lo sucedido hasta ahora y de lo que puede seguir sucediendo: la guerra de Vietnam no ha cesado, se

ha extendido a otros lugares de Indochina, sus gastos se han multiplicado con los terribles bombardeos y, por el momento, no parece que vaya a terminar, según el propio Nixon reconoce. Aunque su mejor arma electoral sería la coronación de las negociaciones de París —o de otras que se están conduciendo paralelamente— con un acuerdo.

Desde la convención, Nixon ha continuado su campaña en Chicago, Detroit y San Diego: sus términos han sido aproximadamente los mismos. Y McGovern, «derrotista, mendicante y aislacionista», según le define el vicepresidente Agnew, ha hablado en Minneapolis para criticar la convención republicana como «una reunión de gentes que sólo se sirven a sí mismas».

La campaña electoral va a ser dura, va a ser agresiva. Las auscultaciones de la opinión pública siguen considerando que Nixon va a ganar fácilmente, pero ahora parecen creer que el margen de votos no será tan amplio como el que se había previsto en un principio.

TELEVISION

COLOR A LA ITALIANA

"Por fin vamos a conocer también nosotros el bipartidismo. Ahora tenemos ya los partidarios del sistema alemán PAL y, por otra parte, los del procedimiento francés SECAM". Así hablaba esta semana un periodista italiano.

La "clase política" está profundamente dividida, en efecto, con respecto a la elección de un procedimiento de televisión en color. Tan dividida que los socialistas piden que el Parlamento se ocupe inmediatamente del problema. Los adversarios del gobierno Andreotti —y muchos de ellos están en el mismo seno de la mayoría— estiman que el gobierno se ha dejado envolver por Pompidou durante la entrevista de Pisa. "Los franceses —declaran— nos han hecho ofertas tentadoras, tanto para la construcción de sus autopistas como para la ayuda a la industrialización de nuestro Sur. En cambio, quieren que renunciemos al sistema PAL para que adoptemos el suyo. Es inadmisibles".

A lo que los amigos de Andreotti responden: "No hemos elegido definitivamente todavía. Pero no nos parece que sea escandaloso

que tengamos en cuenta las ventajas que se nos pueden ofrecer en diferentes planos. Hay una política mediterránea que sólo podemos realizar con Francia. ¿Por qué habríamos de renunciar a ella?". Y añaden que la campaña en favor del PAL está sostenida por intereses que no son puramente italianos, puesto que los fabricantes de receptores de televisión están controlados por Telefunken y por Philips.

Por eso la izquierda duda en luchar por el procedimiento PAL, cuando el procedimiento SECAM ha sido adoptado ya por los países del Este. Prefieren defender la idea de que Italia no es lo suficientemente rica como para tener televisión en color: "Podemos vivir aún cinco años con nuestra televisión en blanco y negro —dicen los representantes de la izquierda—. No vamos a morir por eso, y, en cambio, ahorraremos para construir escuelas y hospitales". Queda por saber si en una sociedad de consumo tan típica como lo es la sociedad italiana se puede controlar y dominar la carrera hacia la novedad de los productos y de los objetos.

Los Contemporaneos

MALEQUITAS

El rey de Marruecos ha invocado una máxima de los malequitas: «Si es necesario, exterminad un tercio de la población para salvar los dos tercios sanos». Una máxima fascinante. Si el Rey Hassan hubiese recordado a los drásticos malequitas el día antes del atentado, en lugar del día siguiente, entre los dos tercios sanos de la población se hubiese encontrado el general Ufikir, que, gustosamente, dadas sus aficiones, hubiese colaborado con Hassan II en el exterminio del tercio enfermo. Fue al día siguiente, y los encarcelados fueron los ufkiritas. Quizá el general Ufikir también leyó a sus malequitas y pensaba que en el tercio enfermo estaban los hasanis, de donde su filosofía y ancestral decisión de enviar a algunos aviadores para eliminar una parte visible y representativa de él. Y es que la parte enferma de una población se diagnostica siempre según quien ocupe el poder. Lección: esté usted siempre junto al poder, y pertenecerá al tercio sano de la población. Pero olfatee siempre cuándo el poder va a cambiar —lo cual, en algunos países, no es fácil; congratulémonos de vivir en uno donde no cambia jamás—, y cambie usted de tercio. A menos que sea usted el toro, y el tercio lo cambie el presidente sin que usted intervenga.

Hay, sin embargo, un tercio que parece que es siempre el enfermo. Recuerdo a un joven negro que se vino a Madrid exiliado de su país, todo de negros —el Haití de Duvalier—, donde se había determinado que mi amigo pertenecía al tercio enfermo que había que exterminar. Vivía en una pensión, y un día me telefoneó que había cambiado de alojamiento. «¿No estabas a gusto?...». «Sí, pero la dueña de la pensión era adúltera...». «Y, claro, tu moral...». «No es eso, no es eso... Es que me di cuenta de que el marido se iba a enterar de un momento a otro, y podía suceder algo violento...». «Pero si tú no tenías nada que ver...». «¿Claro que no! Pero, ¿es que no lo comprendes? ¡Yo soy el negro!».

Pasa mucho. Hay quien es el negro siempre, aunque sea completamente blanco, y cuando estalla la violencia por los políticos cuernos de los otros, resulta inevitablemente apeleado. «¡Fuera negros!», claman los blancos cuando se enemistan entre

ellos. «¡Fuera judíos!», aunque no los haya por los alrededores. Hay un viejo juego judío para cazar antisemitas ocultos. Dice el judío: «¿No sabes? Se ha declarado el estado de urgencia y están persiguiendo a los peluqueros y a los judíos...». «¿Por qué a los peluqueros?», pregunta el ingenuo y aterrado interlocutor. «Y, ¿por qué a los judíos?», responde-pregunta el astuto hebreo... Y es que también los judíos pertenecen siempre al tercio exterminable. A menos que la cuenta se haga en el Estado de Israel, en cuyo caso ya se sabe que el tercio enfermo es el árabe palestino; que también resulta ser el tercio enfermo en Jordania y en otras zonas convenientemente malequitizadas.

Porque malequitas hay muchos. No hace falta que hayan leído el Código de Tradiciones Musulmanas, escrito por el severísimo Malek Ben Anás, fundador de la secta de los malequitas en tiempos de la dinastía abbasida, de tan culta memoria. Hay malequitas espontáneos, naturales, con gas y sin gas, capaces siempre de definir el bien y el mal; malequitas zoroástricos, zarvanistas, mazdeístas, maniqueos, paraclíticos y algunas cosas más. Hay neomalequitas que están dispuestos a admitir que los dos tercios son los enfermos y que un solo tercio sano debe eliminar a los otros dos; los hay que creen que uno sólo es sano, y todos los demás son malos... ¡Hay malequitas de derechas, hay malequitas de izquierdas. Hay malequitas del centro!

Pero deberían leer el final de la historia. El tradicionalista Malek Ben Anás predicaba la severidad, la austeridad, el regreso a los principios más rígidos del Corán y del Islam, aborrecía las costumbres modernas —los años del siglo VIII, que casi llenó con su vida—; y un día, el sultán se cansó de él, el gran visir se cansó de él, toda la familia abasida se cansó de él. Y Malek Ben Anás se encontró, de pronto, incluido en el tercio enfermo de la población sin que nada, aparentemente, hubiera cambiado en su entorno. Todo parecía seguir igual, y ya no era lo mismo. Y Malek Ben Anás fue castigado a la flagelación en la plaza pública.

Los que presenciaron el espectáculo dijeron que era horrible.

POZUELO